

## TEORÍA DEL CONOCIMIENTO, FILOSOFÍA DE LA NATURALEZA, LÓGICA, FILOSOFÍA DE LA CIENCIA Y DE LA BIOLOGÍA Y PSICOLOGÍA EN ESTUDIOS FILOSÓFICOS

Sixto J. Castro

Estudios Filosóficos ha prestado una gran atención a estas cuestiones a lo largo de sus cincuenta años de existencia. Sería inútil tratar de glosar la infinidad de artículos que sobre estas materias tan variadas han ido apareciendo a lo largo de la historia de la revista, de modo que nos centraremos en los autores y las cuestiones más sobresalientes no solamente por la temática como tal, sino por la oportunidad temporal de las mismas, invitando al lector a prestar atención al cambio que se produce en la orientación a partir del año 1970, fecha en la que la revista traslada su sede de Las Caldas de Besaya a Valladolid, fecha en la que comienza una apertura de las temáticas y de los colaboradores.

Las cuestiones de cosmología y filosofía natural han estado presentes en la obra de Emilio G. Estébanez [XXIX, n. 81 (1980) 271-304], autor que ha publicado un buen número de artículos en la revista sobre las más diversas temáticas, al igual que ha hecho, entre otros, Jesús M<sup>a</sup> Rodríguez Arias [XI, n. 27 (1962) 277-306], quien se aproximaba a la cuestión cosmológica allá por los años 60. Junto a los estudios sobre la actualidad del tema, la revista ha prestado atención a cosmologías particulares, entre ellas la presocrática [XXV, n. 69 (1976) 343-349], la aristotélica –que ha sido protagonista, bajo diversos puntos de vista, de numerosos artículos, entre los cuales podemos citar los de Martín Zubiría [XL, nn. 133 y 115 (1991) 33-62 y 447-468]–, la tomista –Rodríguez Arias [XIV, n. 25 (1965) 105-129]–. Igualmente se ha estudiado la percepción de la naturaleza en el neoplatonismo, medieval y renacimiento [XLII, n. 121 (1993) 479-501], o los aportes de Teilhard de Chardin a la cuestión [XIII, n. 33 (1964) 253-270]. También merece destacarse el estudio de la relación entre materia y antimateria, allá por los años 70, de C. S. Dongorozi [XXIV, n. 65

(1975) 79-85] y la interpretación de Heisenberg de la estructura atómica [XXV, n. 69 (1976) 215-269].

Es digno de mención el hecho de que Estudios Filosóficos ha encontrado una veta de análisis ininterrumpida en el problema del tiempo, ya desde su primera época. Alberto G. Fuente reflexionaba sobre el concepto de tiempo en Tomás de Aquino [III, n. 4 (1954) 171-210], Eugenio Frutos abordaba la temática desde un punto de vista más general [VII, n. 14 (1958) 5-53] y Ángel Cortabarría hacía una lectura de la eternidad del mundo en Alberto Magno [X, n. 23 (1981) 5-39]. Hay que destacar a este respecto la aportación de Enrique Molero, autor de talla no suficientemente reconocida, quien, además de analizar la cuestión del tiempo en el marco de la física relativista [XVIII, n. 47 (1969) 5-43], analizó, en el mismo marco de referencia, la cuestión del espacio [XVII, n. 46 (1968) 499-524]. Fernando Muñoz Box ha tenido también interés por el tiempo y su medida [XXXVIII, n. 108 (1989) 343-318], —además de por otras de filosofía natural e historia de la ciencia [XXXIX, nn.110-112 (1990) 83-100]— y Sixto J. Castro ha dedicado recientemente un artículo a la cuestión [L, n. 145 (2001) 461-497]. Siguiendo esa línea general puede observarse la evolución de la comprensión de esa cuestión ontológica y cosmológica fundamental en la Revista.

En un intento de adaptar el pensamiento tomista a las nuevas circunstancias, el citado eminente filósofo Alberto G. Fuente, trató, en varios artículos, de relacionar la filosofía tomista de la naturaleza con la ciencia contemporánea, tratando de ver las posibilidades que la *philosophia perennis* tenía de adaptarse al ámbito nomotético contemporáneo [III, n. 4 (1954) 219-226 ; VI, n. 11 (1957) 159-163]. En general, la filosofía de la ciencia ha estado muy presente desde el principio en la revista, aunque, con la aparición de revistas más especializadas en la materia, la aportación de Estudios Filosóficos a este campo se ha visto mermada, como es lógico. En todo caso, hay que destacar la labor de Antonio Moreno, quien investigó en los 60 el tema del valor de las hipótesis científicas [XII, n. 30 (1963) 277-294], el problema de la observación en física [XV, n. 38 (1966) 125-135], así como el papel de la inducción en la filosofía de la ciencia [XV, n. 40 (1966) 499-503] y la relación metodológica entre ciencia y filosofía [XVIII, n. 48 (1969) 319-331]. Los presupuestos científicos han sido analizados por Jesús Martínez Velasco [XLII, n. 122 (1994) 62-96] y los mitos de la ciencia por Javier de Lorenzo [XXV, n. 70 (1976) 447-492]. También es digno de mención el trabajo de Guillermo Fraile en este mismo sentido [X, n. 24 (1961) 201-233; XVI, n. 41 (1967) 171-176].

El tema de la evolución ha encontrado también eco en la revista. En su aspecto más amplio, y desde un prisma biológico, ha sido Francisco J. Ayala, personalidad de enorme relevancia en el mundo de la biología estadounidense, quien ha dedicado varios artículos a esta temática [XVI, n. 42 (1967) 361-374; XXXI, n. 88 (1982) 397-442; XLIV, n. 125 (1995) 7-33]. Pero en Estudios Filosóficos ha estado presente también otra temática de gran importancia, y de un modo bastante pionero, puesto que ya en el año 1986 se dedicó un

número monográfico a una cuestión de eminente actualidad, la bioética, con aportaciones de diversos autores que aún pueden servir de base teórica para el debate contemporáneo [XXXV, n. 100 (1986)].

En el ámbito de la teoría del conocimiento, Descartes ha sido uno de los autores aludidos en los artículos, al que se ha tratado de contrastar con Tomás de Aquino [VI, n. 12 (1957) 187-201]. No ha faltado la consideración de otros pensadores y corrientes de interés, tales como Vico [XVIII, n. 48 (1969) 259-284], Unamuno y su irracionalismo gnoseológico [XIV, n. 35 (1965) 55-102], la nueva conceptualidad filosófica de Derrida por Luis Enrique de Santiago Guervós [XLII, n. 119 (1993) 101-122], o la contraposición entre metáfora y concepto en Nietzsche, del mismo autor [XLIX, n. 191 (200) 261-286]. También Husserl ha estado presente, con un análisis de la estructura de la percepción en la fenomenología [XXXII, n. 90 (1983) 325-338]. No podía, obviamente, faltar Kant, a cuya *Crítica de la Razón Pura* y a él mismo se dedicaron sendos números monográficos [XXX, n. 83 (1981) y XXXVII, n. 104 (1988)]. Podemos decir que Kant y su teoría del conocimiento han sido constantes en la historia de la revista, tratando, en ocasiones, de poner en contraste al filósofo de Königsberg con Tomás de Aquino [XXIV, n. 65 (1975) 3-33], quien, probablemente, ha sido el autor más mentado a este respecto, aunque haya que diferenciar épocas en la revista, algunas de mayor presencia tomista, de la mano, por ejemplo de Victorino Rodríguez [VI, n. 12 (1957) 245-278; XX, n. 54 (1971) 357-361], Manuel Ramírez [VI, nn. 11 y 12 (1957) 97-135 y 203-230] o Jesús García [VI, n.10 (1956) 391-458; X, n. 25 (1961) 349-413]. Sergio Rábade, allá por el 74, planteaba "la Gnoseología tomista a la luz del pensamiento actual" [XXXIII, nn. 63-64 (1974) 203-217]. Teófilo Urdánaz trataba también del problema del porvenir de la filosofía tomista [XV, n. 38 (1966) 21-66]. En cualquier caso, el Aquinate jamás ha dejado de estar presente. A este respecto puede verse el artículo de Sixto J. Castro, "En torno al tomismo analítico", en el que se trata de ver las posibilidades de concordar filosofía analítica y filosofía tomista [XLIX, n.140 (2000) 151-159], o aquél otro en el que se compara la ontología del conocimiento de Schelling y la de Tomás de Aquino por obra de José M<sup>a</sup> Quintana [XIX, n. 52 (1970) 511-578]. El citado Jesús M<sup>a</sup> Rodríguez Arias ha prestado contemporáneamente atención a la cuestión de la abstracción científica en Tomás de Aquino [L, n. 145 (2001) 419-459] y Lorenzo Vicente Burgoa al problema de la abstracción formal [LXVIII, n. 138 (1999) 211-256]. Otros autores han sido también objeto de estudio. Tal es el caso de Zubiri, estudiado por Juana Sánchez-Gey Venegas [XXXV, n. 99 (1986) 337-346] o de Berger y Luckmann, analizados por Luis Sola [XL, n. 115 (1991) 447-468].

Pero no sólo han sido autores los que han ocupado los estudios de teoría del conocimiento. Ha habido artículos dedicados a cuestiones fundamentales de la misma, tales como el problema de la verdad en Tomás de Aquino, por Alejandro del Cura [XXIV, n. 65 (1975) 55-77], o la epistemología evolucionista, expuesta por Nicanor Ursúa [XXXVI, n. 103 (1987) 519-548], entre otros temas. No podemos olvidar al maestro Santiago Ramírez, quien escribió

acerca del problema de la analogía [XX, n. 55 (1971) 451-534] ni a Octavio N. Derisi, quien contribuyó al análisis de la experiencia en los comienzos de la revista [I-II, n. 2 (1953) 3-12].

En lógica, hay que destacar que ya en 1953 Ivo Thomas comparaba la lógica clásica con la lógica moderna [I-II, n. 3 (1953) 467-472], mostrando la importancia que esta disciplina había adquirido en la comprensión de los editores de aquella época inicial. En ambas temáticas, lógica y teoría del conocimiento, ha tenido sugerentes aportaciones el profesor de la UNAM Mauricio Beuchot, ligado a la revista desde hace tiempo y miembro del comité científico de la misma [XXXI, n. 86 (1982) 119-134; XXXIII, n. 94 (1984) 415-432]. Igualmente importante en ambos ámbitos ha sido la aportación de Eladio Chávarri, miembro asimismo del comité científico de la revista. Este autor, al que se dedica un artículo específico en el presente número, ha hecho aportaciones de enorme relevancia, como se podrá constatar en el artículo al que remitimos, con una referencia clara a la importancia de Aristóteles [XI, n. 20 (1960) 97-134; XX, n. 53 (1971) 39-90; XXI, nn. 56-58 (1972) 3-58, 283-337 y 559-585], Hobbes [XXVIII, n. 79 (1979) 493-534], Frege [XXVIII, n. 78 (1979) 203-256] y Hempel [XXXIII, n. 92 (1984) 111-134] para las diversas disciplinas.

Un personaje importante en el ámbito de la filosofía de la matemática y de la lógica ha sido Javier de Lorenzo, catedrático de la universidad de Valladolid, quien ha cubierto prácticamente esa materia en la revista a lo largo de sus artículos publicados en diferentes años, desde el año 1978 hasta el último, aparecido en 2001 [XXVII, n. 76 (1978) 523-552; XXVIII, n. 79 (1979) 391-454; XXX, n. 83 (1981) 63-96; XXXII, n. 91 (1983) 519-524; XXXIX, n. 110 (1990) 33-52; XLI, n. 116 (1992) 7-24; XLIV, n. 125 (1995) 35-66; L, n. 143 (2001) 7-36]. La historia de la lógica ha estado presente en personajes como Juan de Santo Tomás [VI, n. 9 (1956) 215-232], Fr. Juan Sánchez Sedeño [VI, n. 9 (1956) 239-315], Nicolás Eymereich [XXII, n. 59 (1973) 3-28], Ángel Estayol [XXIII, n. 62 (1974) 68-89], estos dos últimos por Vicente Muñoz Delgado.

El problema del lenguaje también ha sido objeto de análisis en *Estudios Filosóficos*, en algunas épocas desde el estudio del mismo en Tomás de Aquino. También se ha abordado la filosofía del lenguaje de Wilhelm von Humboldt, A. Schaff, y cómo no, la filosofía analítica, especialmente desde sus implicaciones para el lenguaje religioso. Han pasado por las páginas de la revista, entre otros, Wittgenstein [XXIV, n. 66 (1975) 261-265; XXXVI, n. 103 (1987) 479-518; L, n. 145 (2001) 527-549] y Ryle [XXVII, n. 74 (1978) 7-20]. Hay que destacar la aportación de Karl Otto Apel en su artículo sobre la pragmática trascendental del lenguaje [XXXVI, n. 102 (1987) 251-300].

La teoría hermenéutica ha encontrado en *Estudios Filosóficos* un importante vehículo de penetración en España, por obra de Juan M. Almarza, Andrés Ortiz-Osés y Luis Enrique de Santiago Guervós, entre otros. Remitimos al artículo sobre esa cuestión en este número. Pero otras corrientes de filosofía contemporánea, relativas al conocimiento, tales como las suscitadas por la fenomenología o el racionalismo crítico, no han pasado desapercibidas.

Finalmente, la psicología ha tenido un eco importante en la revista, desde 1954, cuando, por obra de Desiderio Ordóñez, se decidió prestar atención a la cuestión. Este autor presentó diversos boletines acerca de la materia [III, n. 5 (1954) 491-502; XII, n. 31 (1963) 495-509; XIV, n. 36 (1965) 315-338; XVI, n. 43 (1967) 531-563]. Él mismo hablaba de psicoterapia en 1955 [IV, n. 7 (1955) 339-343]. Además, Estudios Filosóficos ha rendido homenaje al psicoanálisis con un número monográfico [XL, n. 114 (1991)], pero del psicoanálisis ya trataban Teófilo Urdániz en 1957 [VI, n. 11 (1957) 137-151], y Jesús Cordero [XXVII, n. 76 (1978) 433-496] y de la psicología profunda se hablaba ya por 1959 [VIII, n. 19 (1959) 313-358]. También es de destacar la aportación en este campo de Manuel Úbeda Purkiss, quien se centró en el estudio de las teorías de la personalidad en la psicología de la época [I-II, nn. 2 y 3, (1953) 215-236 y 449-466], lo que da prueba de la atención que la revista prestaba a las corrientes psicológicas más pujantes del momento. Más recientemente han destacado las aportaciones de Bernardo Fueyo [XXX, n. 85 (1981) 509-518; XXXIX, n. 110 (1990) 177-194; XLIX, n. 141 (2000) 347-354] y de José M<sup>a</sup> García Prada [XXIX, n. 82 (1980) 491-523; XXXIII, n. 93 (1984) 289-330].

No están todos los que son, pero sí son todos los que están. Sirva esta breve referencia como homenaje a todos los que han contribuido a que Estudios Filosóficos pueda celebrar su quincuagésimo aniversario.